

Quedé triste, quedé loca,  
Quedé muerta, quedé *yo*,  
Que es decir, que quedó toda  
La confusion del infierno  
Cifrada en mi Babilonia;  
Y declarándome muda,  
(Porque hay penas y congojas  
Que las dicen los afectos  
Mucho mejor que la boca),  
Dije mis penas callando,  
Hasta que una vez á solas,  
Violante mi madre (¡ay cielos!)  
Rompió la prision, y, en tropa,  
Del pecho salieron juntas,  
Tropezando unas con otras.  
No me embaracé en decirlas;  
Que en sabiendo una persona  
Que, á quien sus flaquezas cuenta,  
Ha sido cómplice en otras,  
Parece que ya le hace  
La salva y le desahoga;  
Que á veces el mal ejemplo  
Sirve de algo. En fin, piadosa  
Oyó mis quejas, y quiso  
Consolarme con las propias:  
Juez que ha sido delincuente,  
¡Qué fácilmente perdona!  
Escarmentando en sí misma,  
Y por negar á la ociosa  
Libertad, al tiempo fácil,  
El remedio de su honra,  
No le tuvo en mis desdichas;  
Por mejor consejo toma  
Que le siga, y que le obligue,  
Con finezas prodigiosas,  
A la deuda de mi honor;  
Y para que á ménos costa  
Fuese, quiso mi fortuna  
Que en traje de hombre me ponga.  
Descuelga una antigua espada,  
Que es esta que ciño: ahora  
Es tiempo que se desnude,  
Como prometí, la hoja,

Pues confiada en sus señas,  
Me dijo: «Parte á Polonia,  
Y procura que te vean  
Ese acero que te adorna,  
Los más nobles; que en alguno  
Podrá ser que hallen piadosa  
Acogida tus fortunas,  
Y consuelo tus congojas.»  
Llegué á Polonia, en efecto:  
Pasemos, pues que no importa  
El decirlo, y ya se sabe  
Que un bruto que se desboca  
Me llevó á tu cueva, adonde  
Tú de mirarme te asombras.  
Pasemos que allí Clotaldo  
De mi parte se apasiona;  
Que pide mi vida al Rey;  
Que el Rey mi vida le otorga;  
Que informado de quien soy,  
Me persuade á que me ponga  
Mi propio traje, y que sirva  
A Estrella, donde ingeniosa  
Estorbe el amor de Astolfo,  
Y el ser Estrella su esposa.  
Pasemos que aquí me viste  
Otra vez confuso, y otra  
Con el traje de mujer  
Confundiste entrambas formas;  
Y vamos á que Clotaldo,  
Persuadido á que le importa  
Que se casen y que reinen  
Astolfo y Estrella hermosa,  
Contra mi honor me aconseja  
Que la pretension deponga.  
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente  
Segismundo! A quien hoy toca  
La venganza, pues el cielo  
Quiere que la cárcel rompas  
De esa rústica prision,  
Donde ha sido tu persona,  
Al sentimiento una fiera,  
Al sufrimiento una roca,  
Las armas contra tu pátria

Y contra tu padre tomas,  
 Vengo á ayudarte, mezclando  
 Entre las galas costosas  
 De Diana, los arneses  
 De Pálas; vistiendo ahora,  
 Ya la tela y ya el acero,  
 Que entrambos juntos me adornan.  
 Ea, pues, fuerte caudillo,  
 A los dos juntos importa  
 Impedir y deshacer  
 Estas concertadas bodas:  
 A mí, porque no se case  
 El que mi esposo se nombra,  
 Y á tí porque, estando juntos  
 Sus dos Estados, no pongan  
 Con más poder y más fuerza  
 En duda nuestra victoria.  
 Mujer, vengo á persuadirte  
 Al remedio de mi honra;  
 Y varon, vengo á alentarte  
 A que cobres tu corona.  
 Mujer, vengo á enternecerte  
 Cuando á tus plantas me ponga;  
 Y varon, vengo á servirte  
 Con mi acero y mi persona.  
 Y así piensa que si hoy  
 Como mujer me enamoras,  
 Como varon te daré  
 La muerte en defensa honrosa  
 De mi honor; porque he de ser,  
 En su conquista amorosa,  
 Mujer para darte quejas,  
 Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. (*Ap.*)

¡Cielos, si es verdad que sueño,  
 Suspendedme la memoria,  
 Que no es posible que quepan  
 En un sueño tantas cosas!  
 ¡Válgame Dios, quién supiera  
 O saber salir de todas,  
 O no pensar en ninguna!  
 ¿Quién vió penas tan dudosas?

Si soñé aquella grandeza  
En que me ví, ¿cómo ahora  
Esta mujer me refiere  
Unas señas tan notorias?  
Luego fué verdad, no sueño.  
Y si fué verdad (que es otra  
Confusion, y no menor),  
¿Cómo mi vida le nombra  
Sueño? Pues ¿tan parecidas  
A los sueños son las glorias,  
Que las verdaderas son  
Tenidas por mentirosas,  
Y las fingidas por ciertas.  
¡Tan poco hay de unas á otras,  
Que hay cuestion sobre saber  
Si lo que se ve y se goza,  
Es mentira ó es verdad!  
¿Tan semejante es la copia  
Al original, que hay duda  
En saber si es ella propia?  
Pues si es así; y ha de verse  
Desvanecida entre sombras  
La grandeza y el poder,  
La majestad y la pompa,  
Sepamos aprovechar  
Este rato que nos toca,  
Pues sólo se goza en ella  
Lo que entre sueños se goza.  
Rosaura está en mi poder,  
Su hermosura el alma adora...  
Gocemos, pues, la ocasion,  
El amor las leyes rompa  
Del valor y la confianza  
Con que á mis plantas se postra.  
Esto es sueño; y pues lo es,  
Soñemos dichas ahora,  
Que despues serán pesares.  
Mas ¡con mis razones propias  
Vuelvo á convencerme á mí!  
Si es sueño, si es vanagloria,  
¿Quién por vanagloria humana  
Pierde una divina gloria?  
¿Qué pasado bien no es sueño?

¿Quién tuvo dichas heróicas,  
 Que entre sí no diga, cuando  
 Las revuelve en su memoria:  
 «Sin duda que fué soñado  
 Cuanto ví?»—Pues si esto toca  
 Mi desengaño, si sé  
 Que es el gusto llama hermosa,  
 Que la convierte en cenizas  
 Cualquiera viento que sopla:  
 Acudamos á lo eterno,  
 Que es la fama vividora  
 Donde ni duermen las dichas  
 Ni las grandezas reposan.  
 Rosaura está sin honor;  
 Más á un Príncipe le toca  
 El dar honor que quitarle.  
 ¡Vive Dios! que de su honra  
 He de ser conquistador,  
 Antes que de mi corona.  
 Huyamos de la ocasion,  
 Que es muy fuerte.—Al arma,  
 Que hoy he de dar la batalla  
 Antes que la oscura sombra  
 Sepulte los rayos de oro  
 Entre verdinegras ondas.

(A un soldado.)

ROSAURA.

¡Señor! ¿Pues así te ausentas?  
 ¿Pues ni una palabra sola  
 No te debe mi cuidado,  
 Ni merece mi congoja?  
 ¿Cómo es posible, señor,  
 Que ni me mires ni oigas?  
 ¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura: al honor le importa,  
 Por ser piadoso contigo,  
 Ser cruel contigo ahora.  
 No te responde mi voz,  
 Porque mi honor te responda;  
 No te hablo, porque quiero  
 Que te hablen por mí mis obras;

No te miro , porque es fuerza,  
 En pena tan rigurosa,  
 Que no mire tu hermosura  
 Quien ha de mirar tu honra.

*(Vase, y los soldados con él.)*

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son estas?  
 Despues de tanto pesar,  
 ¡Aun me queda que dudar  
 Con equívocas respuestas!

## ESCENA XI

ROSAURA. CLARIN.

CLARIN.

Señora, ¿es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay, Clarin! ¿Dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado,  
 Brujuleando mi muerte,  
 Si me da ó si no me da;  
 Y á figura que me diera,  
 Pasante quínola fuera  
 Mi vida; que estuve ya  
 Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Por que sé el secreto  
 De quién eres, y en efecto,  
 Clotaldo... Pero ¿qué ruido  
 Es éste?

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado  
 Sale un escuadron armado  
 A resistir y vencer  
 El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

Pues ¿cómo cobarde estoy,  
Y ya á su lado no soy  
Un escándalo del mundo,  
Cuando ya tanta crueldad  
Cierra sin órden ni ley?

*(Vase.)*

## ESCENA XII

CLARIN. SOLDADOS, *dentro.*

VOCES DE UNOS.

¡Viva nuestro invicto Rey!

VOCES DE OTROS.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!  
Vivan muy enhorabuena,  
Que á mí nada me da pena,  
Como en cuenta me reciban;  
Que yo, apartado este día  
En tan grande confusion,  
Haga el papel de Neron,  
Que de nada se dolía.  
Si bien me quiero doler  
De algo, y ha de ser de mí.  
Escondido, desde aquí  
Toda la fiesta he de ver;  
El sitio es oculto y fuerte  
Entre estas peñas.—Pues ya  
La muerte no me hallará,  
Dos higas para la muerte.

*(Escóndese; tocan cajas, y suena ruido de armas.)*

## ESCENA XIII

BASILIO, CLOTALDO y ASTOLFO, *huyendo.* CLARIN, *oculto.*

BASILIO.

¡Hay más infelice rey!  
¡Hay padre más perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército, vencido,

Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores, vencedores  
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales,  
Los que vencen son leales,  
Los vencidos los traidores.  
Huyamos, Clotaldo, pues,  
Del cruel, del inhumano  
Rigor de un hijo tirano.

*(Disparan dentro y cae Clarin, herido, de donde está.)*

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es  
Este infelice soldado,  
Que á nuestros piés ha caido  
En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado  
Que, por quererme guardar  
De la muerte, la busqué.  
Huyendo della, encontré  
Con ella; pues no hay lugar  
Para la muerte secreto:  
De donde claro se arguye  
Que quien más su efecto huye,  
Es quien se llega á su efeto.  
Por eso tornad, tornad  
A la lid sangrienta luégo,  
Que, entre las armas y el fuego,  
Hay mayor seguridad  
Que en el monte más guardado,  
Pues no hay seguro camino  
A la fuerza del destino  
Y á la inclemencia del hado;  
Y así, aunque á libraros vais  
De la muerte, con huir,  
Mirad que vais á morir,  
Si está de Dios que murais.

*(Cae dentro.)*



BASILIO.

*¡Mirad que vais á morir,  
Si está de Dios que murais!*  
¡Qué bien (¡ay cielos!) persuade  
Nuestro error, nuestra ignorancia,  
A mayor conocimiento,  
Este cadáver que habla  
Por la boca de una herida,  
Siendo el humor que desata  
Sangrienta lengua que enseña  
Que son diligencias vanas  
Del hombre, cuantas dispone  
Contra mayor fuerza y causa.  
Pues yo, por librar de muertes  
Y sediciones mi pátria,  
Vine á entregarla á los mismos  
De quien pretendí librarla.

CLOTALDO.

Aunque el hado, señor, sabe  
Todos los caminos, y halla  
A quien busca entre lo espeso  
De las peñas, no es cristiana  
Determinacion, decir  
Que no hay reparo á su saña.  
Sí hay, que el prudente varon,  
Victoria del hado alcanza;  
Y si no estás reservado  
De la pena y la desgracia,  
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, señor, te habla  
Como prudente varon  
Que madura edad alcanza,  
Yo como jóven valiente.  
Entre las espesas matas  
De ese monte está un caballo,  
Veloz aborto del aura;  
Huye en él, que yo, entre tanto,  
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,